Dentro del cuello de botella

¿Qué estaba pensando ese tipo al cruzar la calle así? ¿A quién se le ocurre meterse a la vía rápida caminando como si nada? ¡Maldita sea! Si no fuera porque traía las altas no sé qué hubiera pasado. ¡Puta madre! ¿Qué tiene la gente hoy? ¿Por qué siempre van tan rápido? ¿Qué no saben manejar? ¡Van a acabar estampándose todos ellos contra algún puente o contra un árbol o, peor aún, contra algún desgraciado cruzando la calle como este imbécil! No entiendo por qué no se movió. ¿Qué demonios pensaba? Si no tuvieras tanta prisa hubiera sido buena idea pararse para ver si no era algún loco huido o hasta un viejo senil. Pero ¿qué tal si resultaba ser un borracho o algún drogadicto que quizás te hacía algo a ti? No, no, no, no, eso es un riesgo que ya no te puedes costear. Acuérdate que eres un jefe de familia, hay gente que depende de ti. Ya no puedes seguir pensando como un adolescente impulsivo. No, no, no, tienes responsabilidades. Responsabilidades, sí, responsabilidades y gente y cosas que hacer y lugares donde ir, como todo un profesional. Sí, eso eres: un hombre de negocios, ¿verdad? ¡Claro que lo eres! ¡Mírate! Todo elegante, vestido con tu camisa planchada yendo a hacer… negocios, yendo a… ¿a dónde vas? O más bien ¿a dónde ibas? A ver, vamos a pensar: tenías que pasar hoy con aquel señor a firmar esos papeles, ¿no?

No, no, no, tenías que ir a recoger los libros de los niños. No, no, no, los niños están bien así como están, acuérdate que la vecina te iba a prestar los libros que usaron sus hijos antes. No, pero no era tan fácil: ella te iba a prestar los libros pero todavía hacía falta enmicarlos para que los niños no fueran a rayarlos en la escuela. ¡Bola de animales! ¡No se saben comportar! ¡Cálmate y no les digas así! Si no se saben comportar es porque tú no los has educado, ¡imbécil! No, no, no, no es cierto, sí los estás educando, eres un buen padre. Me consta que eres un buen padre, hasta vas manejando para comprarles el papel bond para enmicarles sus libros nuevos.

¡El papel bond! Claro, ¡a eso ibas!, a la papelería a comprar las tijeras y el papel para hacer toda la preparación porque ya entran a clases y tú, ¡como todo un irresponsable!, olvidaste comprarles las cosas hasta el último día. ¿Cómo es posible que un hombre adulto no tenga siquiera un par de tijeras en su casa? Sí, las tienes, no te sientas mal, solo que se te perdieron, le puede pasar a cualquiera. No, no, no, pero no le pasó a cualquiera, te pasó a ti y ya te ha pasado antes. ¡Cállate y deja de molestarlo con esas cosas! ¡No, tú déjale de mentir que si no le dices la verdad entonces no mejorará! Acuérdate que él sí tenía las tijeras en la casa y acuérdate que la última vez que las usó el tonto se las quiso encajar. ¿Seguro? Yo me acordaba que había sido al gato del vecino al que se las encajó. No, no, no, fue a sí mismo. No, no, no, estoy bastante seguro de que fue al gato. Acuérdate que siempre rasguñaba la puerta de aluminio y hacía ese chirrido durante las noches. Además que ese gato embarazó a la gatita de tu hija y tuvieron que poner a dormir al pobre animal porque el embarazo era muy complicado. ¿Eso pasó enserio? Sí, el veterinario la examinó y dijo que la gatita se

iba a morir de cualquier forma, tanto si tenía a los gatitos como si no, así que mejor matarla de una vez para que su hija no se ilusionara. ¿Matarla? No, no, no, ningún veterinario que se respete hablaría así sobre un animal. ¡Pues este sí! Bueno, está bien, te creo. De todas formas estoy seguro que eso no pasó así. No, no, no. Sí, sí, sí, acuérdate que se enojó una noche porque su hija no podía dormir por andar llorando por su gatito y entonces el gato del vecino volvió a rasguñar la puerta. Él perdió el control y lo mató. No, no es cierto, eso no pasó.

¡Cállense los dos y déjenme manejar!

Uy, perdón, señor importante.

¡Que no me estén diciendo así, solo traigo la camisa porque me lo pidió Luis para no quedar como pusilánime en el registro!

Sí, okey, ya, te dejamos manejar en paz, pero mientras nosotros tenemos que aclarar algunas cosas.

¡No, por favor ya cállense!

No, no, no, lo siento pero tenemos que aclararlo. ¿Dónde íbamos? Me estabas diciendo que mató al gato del vecino y que por eso ya no tiene las tijeras en su casa, porque se asustó de lo que hizo y las aventó. No, no, no, no fue solo eso lo que pasó. ¿Entonces, según tú? ¿Qué pasó?

Por favor, ¡cállense los dos! ¡Estoy en vía rápida y no quiero pensar en esas cosas!

¡Tú cállate! ¿Qué no ves que estamos ocupados tratando de descubrir por qué no tenías tijeras en tu casa y ahora vas a exceso de velocidad hacia la papelería?

No voy a exceso de velocidad, los demás coches van mucho más rápido que yo.

¡Eso no importa! ¡Qu ellos manejen como desquiciados no quiere decir que tú manejes bien! Entonces, como te

decía: vamos a repasar lo que pasó, porque según me acuerdo, él mató al gato y luego arrojó las tijeras porque se asustó. Sí, sí, sí, hasta ahí estoy de acuerdo: tenía miedo de que fuera a perder el control otra vez y mejor se deshizo de las tijeras. No, no, no, los dos están mal. Él no mató al gato. Salió a la azotea a quejarse de algo cuando el señor de al lado lo escuchó y le empezó a gritar también desde su techo para que dejara a su gato en paz. Ni siquiera alcanzó a tocar al gato, solamente se asustó, regresó a su casa y tiró las tijeras a la basura.

¡No es cierto, nada de eso que dicen es cierto! Este hombre no tiene hijos y no va hacia ninguna papelería. Es nada más otra persona deambulando sola en la noche porque no soportaba quedarse más tiempo en su casa sin hacer nada. Lleva meses desempleado y no sabe qué hacer con su vida y ahora tiene pensado pisar el acelerador hasta el fondo. Pretende seguir manejando hasta que algún imbécil en el camino le dé la excusa para salirse del camino y estamparse contra algún auto o poste o puente y que así aparezca su causa de muerte como un accidente, y no como un suicidio porque, aún en la muerte, le da miedo que la gente lo juzgue por decidir terminar todo. No, no, no, eso no es cierto, él es un padre de familia que está emprendiendo un negocio con su amigo y que simplemente olvidó comprar papel bond y tijeras. No, no, no, él sí es un padre de familia, pero también es un fracasado que ni siquiera puede mantener su salud mental lo suficiente para tener un par de tijeras en la casa sin ponerse a matar animales. No es cierto, él es exitoso, no sé a qué se dedique, pero mira sus ojos, sí, por el espejo, míralo: son los ojos de un hombre con confianza, un hombre fuerte que tiene cosas importantes pasando por su cabeza. Por eso está tan sudado y nervioso. El único

problema es que está en un colapso nervioso, pero eso es normal, a todos les pasa de vez en cuando.

Pero ¿por qué nadie me hace caso? Les dijo que este hombre no es nadie exitoso ni ningún modelo a seguir. ¡Es un fracasado que solo está tratando de matarse! Probablemente el coche ni siquiera es suyo, se lo ha de haber robado de alguien más. ¿Dices que abrió el coche como ladrón y cruzó los cables para encenderlo? ¡Claro que no! ¡Este imbécil ni eso podría hacer bien! Seguramente se lo robó a algún amigo o familiar suyo que es tan tonto como él y que creyó que sería buena idea prestarle su coche.

¡Cállense y déjenme en paz! ¡No quiero que pase algo por andar discutiendo con ustedes otra vez!

¡Cállese usted, señor! ¿Y tú quién eres? Eso no importa ahora, solo escúchenme: este hombre no es nada de lo que ustedes dicen. Es solo un drogadicto alucinando en un deshuesadero, montado en un coche destartalado y jugando a que maneja con un volante que se encontró. ¡Estás loco! Él es un padre de familia que está tratando de llegar a la papelería para comprarles a sus hijos el papel bond y las tijeras para enmicar los libros que le dio su vecina.

¡Ya déjenme que casi choco por su culpa! ¡Desgraciados todos ustedes! ¡Malditos sean! ¡Me van a matar!

Ya se nos puso sensible otra vez… ¿Qué hacemos? ¿Le paramos o le seguimos hasta que llore? Hagan lo que quieran, él es solo un drogadicto en un deshuesadero que seguramente está alucinando por el pegamento o algo así. ¡Estás idiota! El pegamento no te hace alucinar así. ¡Entonces admites que está alucinando! ¡No, no lo admito, porque no lo está! ¡Claro que sí! ¡Claro que no! ¡Que sí, demonios! Entonces, si no está alucinando, ¿cómo te explicas a los niños? ¿Cuáles niños? ¡Los niños esos en la parte de atrás!

Estás loco, yo no veo a ningunos niños. Sí, míralos: son reales, están asustados y son reales. ¡Que no lo son! Sí lo son, pon atención, ¿los ves ahora?

¡Por amor de Dios, todos ustedes cállense y déjenme conducir en paz! ¡Los odio! ¡Los odio a todos ustedes!

Ves, te dije que los niños sí eran de verdad, por eso está tan indignado. Ay, míralos, ya hasta los hiciste llorar. ¡Que no son niños, son alucinaciones! ¿Qué no ves que están llorando y se están abrazando con miedo? ¿Qué dices? Estoy de acuerdo en que hay niños presentes, pero no están llorando ni nada. ¡Ni siquiera se mueven! De seguro están dormidos. ¿Y si no están dormidos? ¡Que sí lo están! No es verdad, están llorando y tiemblan. No es verdad, no existen y punto. No, no, no, los niños no están llorando, concuerdo que están dormidos. Tienen que estarlo para estar así de quietos.

¡Oigan! Creo que matamos a esos niños. ¡No digas tonterías! No matamos a nadie. Sí, sí, sí, acuérdense del gato. ¡Que el gato no murió! ¿Qué no estás poniendo atención, carajo? ¡Cuida tu lenguaje! ¡Hay niños presentes! No, no hay. Sí, sí hay y tienen miedo. No, no hay y ustedes los están alucinando. Sí, sí hay y están dormidos. ¡No es cierto! Todos saben lo que pasó. ¡Esos niños están muertos! ¡Ven! Hasta hay sangre saliendo de sus cabecitas y todo. ¡Lo sabía! ¡Sabía que algún día iba a llegar a esto! Nunca debimos ponerlo en una posición así. ¡Por Dios! Todos ustedes están perdiendo tiempo con preguntas inútiles! A ver, vamos a pensar qué pasó. Pues yo ya les dije desde hace tiempo que no pasó nada. Este hombre simplemente perdió sus tijeras y… ¡Que no las perdió! Las tiró luego de que mató al gato! ¡Que no mató al gato!

¡Eso no es importante! Como decía: entonces simplemente va acelerado. Si va tan acelerado ¿por qué los demás

coches lo siguen pasando de largo? ¡No está "acelerado"! Está en un deshuesadero y es un drogadicto. ¿Si eso fuera cierto cómo explicas los niños? Yo digo que son cadáveres que estaban en el coche y ya. ¿Y que él los mató? No, solo estaban ahí. ¡No hay niños porque nada de esto es real! Él está solo en el deshuesadero jugando con el volante. A ver, ¿cuántos a favor de que está en el deshuesadero? Yo. Yo. Yo. ¡Bola de ignorantes! Yo sigo diciendo que está tratando de suicidarse chocando. Bueno, y ¿cuántos a estamos de acuerdo en que está manejando y es un hombre de familia? Yo. Yo, y quiero agregar que creo que matamos a esos niños. Yo, y creo que están dormidos. Yo, y creo que están muertos pero no los matamos. No, no, no, sí hay niños pero no están muertos ni dormidos, solo asustados.

¡Déjenme en paz! ¡Déjenme en paz! ¡Déjenme en paz! ¡Déjenme en paz! ¡Se los ruego, por todo lo que quieran! ¡Déjenme vivir!

Ya va a empezar a chillar. ¡Ya sé, fastidia mucho cuando se pone así! Si mal no recuerdo, fue por esto que le tuvimos que quitar las tijeras, ¿no? ¡Claro! ¿Cómo pudimos olvidarlo? Se estaba poniendo pesado y amenazaba con enterrárselas en la garganta y tuvimos que esconderlas en algún lugar donde nunca las encontrara. ¿Y alguien se acuerda dónde? Digo, así le podemos ahorrar el viaje a la papelería. No. Yo no. No. No. No. Yo tampoco. Yo me mantengo firme con mi teoría del drogadicto. Igual yo. Bueno, parece que no estamos llegando a ningún lugar con esto, así que ¿por qué no…

¡Carajo! ¿Qué es esa luz? Míralo, viene de ese imbécil en la ventana. ¿Qué está haciendo caminando a media calle? ¡Qué cabrón!, dile que apague la linterna.

¡Por favor, señor, ayúdeme!

¡Que te calles! El coche no arranca. ¿Por qué no arranca? A ver, intenta pisar con más fuerza el acelerador. ¡No tiene caso pisarlo si ni siquiera enciende! Ah, ¿no? No, no nos estamos moviendo. ¡Idiotas! No arranca porque estamos en un deshuesadero y este coche no es de verdad. ¡No es cierto! ¡Todos ustedes están mal! ¡No, tú estás mal!

¡Cállense y déjenme hablar! Lo siento, oficial, no sé qué me pasó, estaba manejando a casa y perdí el control. ¿Cuáles niños? No, oficial, no sé quiénes son. No, por favor, déjeme. No sabe lo que hace, yo no sabía que había niños conmigo. Fue un accidente. Sí, son mis hijos. ¿Sus nombres? No sé, oficial, no sé, no recuerdo, me duele la cabeza. Sí, sí quiero agua. ¿Están bien esos niños? No, oficial, le juro que sí son mis hijos. ¡Ay, Dios mío! ¡Hay mucha sangre! ¡Tiene que hacer algo! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Ayúdeme, señor!

¡Apláudanle por su actuación, señores! ¡Lo sabía! ¡Les dije que los matamos! ¡Que no matamos a nadie! ¡Que sí! ¡Que no!

¡Cállense todos! ¿Qué? No, oficial, lo siento, no le quise gritar. No, no, no, ¡quíteme esas cosas de encima! ¡Déjeme! ¡Déjeme!

¡Se soltó! ¿En serio? ¡Sí! ¡Ay, por fin! ¡Vamos, chico, es ahora o nunca! ¡Corre! ¡Sí, corre! ¡Vete directo al tráfico! ¡Corre! ¡Sigue corriendo y no pares! ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre! ¡Ahí viene un coche! ¡Corre más! ¡Ten fe!

Tengan fe ustedes.

¿Fe en qué?

Tengan fe en que, por fin, ¡todos ustedes, hijos de puta, se van a tener que callar!

Una noche en el teatro

Paco le pegó a Lucía al final del primer acto y ella cayó al suelo tapándose la sangre que berreaba de su boca y dirigiendo una mirada incrédula hacia la audiencia, mientras Paco, con su puño aún arriba, miraba fijamente a la silueta de su mujer en el suelo. Todas las luces del teatro se apagaron salvo por una: la que apuntaba a Lucía. Entonces, una grabación de ella misma sonó y, con voz solemne, dijo: Esa noche supe que había terminado todo. Las risas, los llantos, las noches de hacer el amor, las clases de cocina, las noches de leer juntos antes de dormir. Todo había terminado con ese golpe. Todo. Menos el matrimonio.

Durante el intermedio fui directo al puesto de dulces en la esquina para ver si me podían vender unos cigarros. Al cruzar la calle, un grupo de los amigos de Paula caminaba en sentido contrario hacia mí. No entendí las palabras que se decían pero sé que dejaron de decirlas al darse cuenta de quién era yo al acercarme. El que iba enfrente, creo que se llamaba Sergio, me saludó con la cabeza. Los demás prefirieron no decir nada. Yo tampoco. Fue mejor así.

En el puesto de dulces no tenían Marlboro blancos, así que no fumé nada. Me quedé mirando los coches pasar de lado a lado, consultando el reloj para no pasarme de los quince minutos. No puedo creer que lo hizo. En serio que no lo comprendo. Pudo intentar disimularlo más. No sé,

cambiarle detalles a la historia. Omitir algunas de las partes más vergonzosas. Por lo menos pudo haberme hecho quedar un poco menos miserable. Supongo que es lo que me gané: yo siempre le dije que para ser buena dramaturga tenía que ser honesta, sin importar las consecuencias; que la obra de arte vale más que la realidad misma y que si era necesario desnudar cada pequeña intimidad a cambio de un momento de catarsis en escena entonces no debería haber razón para no hacerlo.

Aunque, si ella pudo, si ella misma se dio el permiso, el lujo de montarse este circo melodramático de lo que vivimos juntos, entonces yo también puedo. Puedo y debo de hacerlo. Ya veremos cómo le gusta escuchar la historia desde la otra parte. Veremos cómo se siente al ver sus momentos más patéticos expuestos para que todos los vean. Fueron diez años los que pasamos juntos, tengo suficiente material y, aunque me fueran a linchar por hacerlo, aunque ella no lo quiera, mi obra será igual de honesta que la suya. Quizás incluso, en algunos años, alguien sabrá de nuestra historia juntos: los dos dramaturgos y su vida compartida. Podrán leer nuestros respectivos guiones y, con el beneficio de sus miradas frescas, descifrar lo verdadero: la esencia pura de nuestra historia y así, a pesar de todos los intentos por separarnos ante la ley, quedemos atados para siempre a través de nuestro arte. Veremos si eso le gusta a esa mujer.

El telón se abre para el segundo acto. Paco y Lucía siguen en la misma posición, pasan varios segundos de silencio hasta que, desde las bocinas detrás de nosotros, se escuchan las respiraciones agitadas de un hombre. Las luces se apagan nuevamente, salvo por una que apunta directamente a Paco. Suena una voz en el teatro. La de alguien mucho más viejo que el actor en escena. De alguna manera la que

suena es mi voz desde una grabación cuya existencia desconocía. Y la voz dice: Esa noche supe que había terminado todo. Las caricias al despertar en las mañanas, su sonrisa al verme cocinar, sus lágrimas cayendo en mis hombros cuando le hacía falta un poquito de amor, sus miradas perdidas y sus silencios eternos, los momentos de paz que ella misma se negaba a dejarse sentir. Todo había terminado con ese golpe. Todo. Menos nuestro amor.

La última pintura

Desde la frontera del horizonte enrojecido por los gases sulfurosos, camina un diminuto explorador, analizando el terreno desértico en donde pronto se librará la última gran batalla de su especie. A lo lejos, sobrevolando la zona, se escucha el zumbido constante del ejército enemigo, preparándose también para luchar hasta la muerte.

Minutos más tarde, la tierra es sacudida por las vibraciones de una marea de soldados color café, armados solo con sus exoesqueletos y con sus antenas. Las cucarachas han llegado y, del otro lado del campo de batalla, las avispas también. Ambos ejércitos se detienen para verse una vez más mientras sus generales cierran las filas. La tierra arde, el viento quema y la batalla comienza.

Miles de cucarachas corren rumbo al enemigo mientras las avispas descienden como lanzas para reventarles las cabezas con sus aguijones. Cientos de cucarachas mueren tras el primer ataque, pero pronto la defensa real inicia. Las avispas son más fuertes, pero la coraza colectiva de un ejército es diferente. Años y años de ser víctimas de las torturas de las avispas las han preparado para defenderse entre sí. Cuando una avispa desciende sobre su objetivo, es recibida por las patadas lacerantes de las cucarachas aledañas penetrando sus cuerpos y perforando sus alas hasta perder el vuelo y ser consumidas por la marea.

Las cucarachas parecen invencibles, pero las avispas revelan su arma secreta: activan a sus infiltrados. De pronto, la antes impenetrable fortaleza móvil se disgrega mientras los cientos de parásitos, durante días insertadas en las cabezas de sus enemigos, provocan el caos desde dentro. Separadas, las cucarachas se vuelven presa fácil y comienzan su defensa más desesperada. Así, al unísono, se giran sobre su espalda y patalean hacia el cielo esperando causar daño suficiente a sus enemigas antes de ser llevadas también.

Funciona. Las avispas no pueden por sí solas contra las docenas de pequeñas navajas erráticas de las cucarachas y empiezan a atacar en pares para enfrentarlas. Ahora, por cada cucaracha muerta, al menos una avispa pierde las alas y se ve reducida a arrastrarse. Allí donde es superada en números y ninguna de sus compañeras irá a ayudarla.

Sin previo aviso para ambos ejércitos, el suelo comienza a sacudirse debajo de ellos y la tierra se hunde en socavones cada vez más grandes mientras cucarachas y avispas se sumergen en el infierno, un infierno preparado por las millones de hormigas quienes emergen del subsuelo para recuperar lo declarado suyo por decreto divino: el dominio de toda la tierra aún tocada por el sol. Las avispas, ahora ínfimas en sus números, intentan retirarse, pero solo unas cuantas lo logran, mientras las demás son atrapadas por las millones de hormigas quienes, indiferentes a sus vidas individuales, se cuelgan de donde sea posible y muerden poco a poco hasta asesinarlas a medio vuelo y caer, junto con ellas, de vuelta a la oscuridad.

Al final, de los dos ejércitos enfrentados no quedó nada. Solo un montón de extremidades cercenadas, y brochazos terribles de hemolinfa multicolor esparcida sobre la tierra.

Si alguien estuviera para verlo, quizás quedaría fascinado por el torbellino de colores inconcebiblemente bellos de la masacre apreciables solo desde el cielo. Aquellos trazos de sangre rojiza y azulada cuya mezcla, al ser tocada por los rayos del sol, transforma la tragedia en un paraíso.

Pero no queda nadie para verlo. Solo fragmentos diseminados de diminutos cuerpos, y la ocasional antena heroica agitada por algo además del viento en un vano esfuerzo por sobrevivir. En fin, solo carne desprovista de esperanza, solo alimento putrefacto sobre la tierra desabrida en donde pastarán algún día y nuevamente las ovejas radioactivas.

Despedidas

El autobús se iba a las tres de la mañana. La familia salió a las doce de la casa. Ninguno había dormido desde hace dos días. Para Nora, esta era la primera vez en mucho tiempo que salía de su casa sin usar maquillaje, esperaba que así nadie la reconociera. Su esposo Miguel cabeceaba en una silla en la sala de espera junto a Carlos, su hijo.

Nora notó que Carlos ya era más alto que Miguel y era mucho más fornido que él cuando tenía su edad. Ella lloraba en silencio abrazando su bolsa. Por la ventana vio al autobús colocarse en el andén. Era hora. Despertó a Miguel a empujones, se levantó y se acercó a Carlos que estaba temblando. Su piel brillaba por el sudor.

—Vamos —Nora le extendió la mano sin perder su expresión llana —. Es hora.

—No, mamá, por favor —contestó —. No me quiero ir, no quiero.

—Ven — Nora lo jaló hacia ella para abrazarlo —. Ya es hora, hijo, tu vida te está esperando, ve por ella.

—Lo siento —gimió Carlos —, lo siento tanto.

—Sí. Yo también lo siento —se esforzaba en contener sus lágrimas. Deseaba que su hijo sintiera la calma que ella misma no podía darse.

Carlos lloró sobre el hombro de su madre. Su papá tomó las dos maletas de su hijo y las arrastró al autobús para esperarlos con un cigarro encendido.

Miguel, al ver a su hijo acercarse le preguntó —: ¿Ya pusiste el boleto de avión en un lugar seguro?

—Sí —afirmó cabizbajo —. Papá…lo siento mucho por todo lo que pasó. Quiero que sepas que agradezco todo lo que estás haciendo por mí. No te decepcionaré. Te lo prometo.

—Ya, súbete, hijo —le dio un abrazo breve con dos palmadas en la espalda—, por una vez haz algo bueno. No por nosotros. Por ti. Llámanos para saber cómo va todo. Si algo sale mal, te vas a un país más barato y ahí te quedas hasta que te digamos —su garganta se inflamó antes de pronunciar sus últimas palabras —. Mucha suerte, hijo.

El autobús ya estaba por marcharse. Carlos subió y se limpió las lágrimas con el mango de la camisa. Mientras avanzaba para sentarse al fondo, Nora vio su figura perderse en el pasillo como si entrara en una caverna. La pareja se tomó de las manos y su hijo se fue.

No hablaron en el camino de vuelta. Miguel solo gimió en su asiento mientras Nora manejaba absorta por el camino. Cuando estacionaron el coche, Miguel estaba dormido. Nora le abrió una ventana del coche y lo dejó quedarse ahí.

Había vivido tantos años en esa casa que ya no necesitaba luces para orientarse entre sus pasillos. Deambuló como un espíritu perdido en la mansión cuya esencia ahora le parecía tan ajena. Se sentía como si su pecho y su espalda fuesen presionados hacia adentro por una fuerza invisible y a su cuerpo le faltara poco para colapsar. En cualquier instante sus costillas se hundirían y las astillas le perforarían los pulmones y el corazón. Entonces caería al piso para ser consumido por loa cachorros que aún dormían en la cocina. Eso era lo que deseaba de verdad: convertirse en el segundo cadáver cuya alma habitara por siempre en aquel hogar.

Subió las escaleras para llegar a su cuarto. Saltó el escalón donde aún quedaban unas gotas de sangre. Se acercó al cuarto de Carlos. Parecía que todo estaba en su lugar. Sus libros, sus libretas, sus posters en las paredes. Lo único que faltaba era su ropa desparramada en el suelo y los papeles arrugados de todos sus dibujos que al final no le habían gustado. Al ver lo vacío del cuarto se dejó incluso creer que su hijo por fin había recogido sus cosas y estaba a punto de llegar a casa a ocupar su cama de nuevo. Pero todo siguió igual de callado, igual de frío, igual de constante.

Había otra habitación vacía: la habitación cuya puerta fue cerrada la mañana anterior y debía de permanecer así. Ella lo sabía. Sabía que no debería de ver de nuevo eso. Que nunca debería de volver a pensarlo, pero era imposible no hacerlo. Las manchas que se extendían por toda la pared. Los trozos delgados de la piel desperdigada. La lámpara con trozos de cráneo en las esquinas. Se decía a sí misma que no pudo ser así de horrible, que su memoria se estaba burlando de ella. Tenía que desmentirla, tenía que entrar de nuevo y ver lo que había dentro. Puso su mano sobre la perilla y le pareció que aún podía escuchar los gritos de Carlos al blandir el cuchillo.

Se alejó de la puerta. No pudo hacerlo, no pudo enfrentarlo otra vez. Corrió hacia su cuarto. Intentó abrir la ventana para que entrara aire, pero al acercarse lo volvió a ver. Se quebró. Las plegarias de su espíritu inundaron cada parte de la casa y su pecho colapsó bajo el peso invisible que la oprimía. Su grito fue tan ubicuo que los demás sonidos del mundo dejaron de importar. Se abrazó de las rodillas y empezó a golpearse en la cabeza para, tal vez así, olvidarlo todo. Pero todo se mantuvo en su lugar y, más allá de las

anchas paredes y el amplio jardín que separaba a las casas del lugar, nadie podía escucharla.

Habían ido a limpiar un día antes. Rechinaba el piso de la cocina, tal como lo había pedido. Ella era limpia. La casa estaba inmaculada. El espacio de estacionamiento era amplio y el rumbo era seguro. En la entrada había una exquisita decoración moderna. El jardín era perfecto para celebrar eventos. La vista de la ciudad era bellísima. Ahora, solo había una cosa que contrastaba: aquel montículo que cubría al agujero recién cavado. La tierra aún estaba fresca, igual que la carne que por debajo se pudría.